

# ACIS Y GALATEA

Zarzuela en dos jornadas

Música Antonio Literes

Libreto José de Cañizares

Estrenada en el Coliseo del Buen Retiro de Madrid, el 19 de Diciembre de 1708

## PRIMERA JORNADA

*El cíclope Polifemo regresa a la isla fantástica de Tinacria\*, donde tiene su residencia, y halla que sus habitantes se han convertido, en su ausencia, al culto de Galatea, diosa marina.*

*Polifemo, ofendido, les recrimina su infidelidad, y amenaza con castigarlos.*

*(Tinacria\* antiguo nombre griego de la isla de Sicilia.)*

Coro. No hay otras iras que deban temerse  
en cielo y en tierra  
que los activos incendios que exhalan  
los ojos divinos de Galatea.  
Pastores huidla, zagales temedla  
que postra y desaira, que rinde y desprecia.

*Irrumpe en escena un pastor llamado Acis que, enamorado de Galatea, se lamenta de su amor.*

Acis. ¡Ay de aquel que desprecia  
el poder del amor y la belleza!  
pues si le conocen  
las aves, los brutos  
estrellas y flores,  
son muchos errores  
querer que se vengan  
las flores, los brutos  
las plantas y estrellas.  
¡Ay de aquel...

—  
Yo fui, zagalas bellas  
de las tinacrias selvas,  
un pastor atrevido  
que burlaba en la aljaba de Cupido  
el rigor de sus armas halagüeñas.

—  
Jamás de sus incendios  
examiné en la hoguera  
la llama sucesiva,  
más amorosa mientras más activa,  
menos sensible mientras menos lenta.  
¡Ay de aquel...!

—  
Pisaba el mar un día  
cuando vi de su esfera  
por esferas de hielo  
salir en vago trono undoso cielo  
mejor sol en el sol de Galatea.

—  
Ocúlteme a sus ojos,  
mas, ¡ay!, qué mejor fuera  
que los míos guardara,  
pues permití que, viéndola, cegara  
libertad que mirara si no viera.  
¡Ay de aquel...!

*Mientras, pastores y zagales de la isla se esfuerzan por aplacar la ira del cíclope. Todos, por temor a Polifemo, desprecian los sentimientos de Acis.*

Coro.           Suspende las iras  
                  a fin de que veas  
                  que, más que el enojo,  
                  venció la clemencia.

*Doris, ninfa de los bosques, y enamorada a su vez de Acis, informa al cíclope, por despecho, de la identidad de aquel. Polifemo amenaza con sepultar a Acis bajo una roca y promete aniquilar a Galatea para que nadie más se enamore de ella o le rinda culto. Todos abandonan a Acis, excepto Doris, que queda a solas con él e insiste en su amor, a lo que Acis responde recordando a Doris sus antiguos amores con Glauco, hermano de Galatea. Doris le devuelve un retrato de Acis, diciéndole con desprecio, que se lo regale a Galatea, su nuevo amor. Acis arroja el retrato al mar, para no entregarlo a Galatea. Surge triunfal Galatea de las aguas con su corte de ninfas, sirenas, y tritones. Las ninfas del mar desprecian el amor y Glauco - enamorado de Doris, quien lo desprecia por preferir a Acis- induce a Galatea a no desdeñarlo, entregándole un retrato que ha encontrado en el mar, encerrado entre dos bellas conchas.*

Coro.           Sientan los que sienten  
                  de amor la crueldad  
                  que no puede en hielo  
                  prender su volcán.  
                  Resuene en el mar  
                  el precioso nombre de la libertad.

Nereida.       Préciense las ondas viendo que sabrán  
                  el Etna de amor en nieve inundar.  
                  Ríanse sus ninfas de ver a un rapaz  
                  haciendo de aljaba, flechas y carcaj.

Coro.           Resuene en el mar...

Nereida.       En el dulce fruto de esta blanda paz  
                  nazca del desprecio la seguridad.  
                  Y pues ellos mismos quieren abrazar  
                  en un bien mentido un forzoso mal:

Coro.           Resuene en el mar...

Galatea.       Libres nereidas mías.  
                  pues alegres trocáis  
                  por tapetes de rosas  
                  retretes de cristal,  
                  aplaudid, celebrad  
                  en júbilos festivos  
                  los trofeos esquivos que gozáis.

—  
De amor con los desprecios  
no sólo me aduláis  
mas quien le agravia menos  
ésa me ofende más.  
reprended, injuriad  
a un bárbaro deseo  
a un Dios que hace su empleo su impiedad.

Glauco.       No, no, no hagáis tal,  
                  que si hoy el amor os permite reír,

mañana es posible que os haga llorar.

Coro. Resuene en el mar.

Glauco. ¡No suene en el mar!

Nereida. Resuene en el mar!

Coro. Resuene en el mar  
el precioso nombre de la libertad.

Glauco. No, Galatea, no, hermana  
presumas que ha de bastar  
contra un milagroso impulso  
un olvido natural,  
pues presto verás  
que es para vivir forzoso el amar.

—  
Tu hermano soy quien seguía  
tu propio afecto tenaz  
hasta que su desengaño  
le costó la libertad,  
pues presto verás  
que a espaldas del ver habita el cegar.

—  
Yo vi a Doris y en sus ojos  
hallé un insensible imán  
en quien hasta el resistir  
se fue dejando llevar  
y presto verás  
que en ti es padecer lo que antes burlar.

—  
Y así, hermosas ninfas, no, no, no hagáis tal,  
que si hoy el amor os permite reír,  
mañana es posible que os haga llorar.

Galatea. ¡Cómo!, alevoso hermano.  
¿Cómo, esclavo infeliz de aquel tirano,  
ciego Dios homicida,  
la que fue en ti villana y mal nacida,  
débil inclinación, quieres, injusto,  
hacer ley en mi pena con mi susto?  
¡Vivo yo, que si nunca... !

Glauco. Galatea,  
el que galán y hermano te desea  
servir eternamente,  
ni enojada te busca ni impaciente.

—  
Yo sabré callar,  
yo sabré sufrir  
hasta lograr  
ni aún suspirar  
para sentir.

—  
Pues, hecho mi pecho  
a un mudo dolor  
ni el eco de amor  
saldrá a publicar

tan cauto morir.

Galatea. Pues, hablando a otro intento,  
dime, ¿a qué me buscabas?

Glauco. Viéndote que dejabas  
las campañas del húmedo elemento,  
a tiempo que esta concha, la más bella  
que vio el cielo del mar grabada estrella,  
me hallé en su centro frío,  
presentártela quiso el amor mío.

Galatea. Nácar que tal primor le corresponde  
perla sin duda esconde  
de precio soberano.

Glauco. Yo quedo muy ufano  
de que a tu gusto sea.  
Tómala pues, y deja, Galatea,  
pues otro genio que tu genio sigo,  
que yo me diga, pues hablé conmigo:  
quien de amor se burla,  
no, no, no hagáis tal,  
que si hoy el amor os permite reír  
mañana es posible que os haga llorar.

Nereida.  
y Coro. Resuene en el mar...

*Queda luego a solas Galatea en el bosque, meditando, fascinada con el bello retrato del pastor Acis. Al lugar acude a espiarla Polifemo, guiado por Momo.*

Galatea. Muda copia, que estrella enemiga  
te condujo a ser fuego del mar,  
dilo, pues que bien puedes hablar.  
Pues, ¿por qué ha de negar un acento  
el que sabe, sin alma ni aliento,  
persuadir, convencer y obligar?

*El cíclope ordena a Momo que convoque a todos sus súbditos tinacrios para que sean testigos de su victoria sobre Galatea. Entretanto, Polifemo intenta apuñalar a la diosa, pero, conmocionado por su belleza, le flaquean las fuerzas. Al acudir los isleños, entonando el himno de Polifemo, el cíclope se ve obligado a reconocerse rendido también al amor de Galatea, ordenando mudar los versos del himno en alabanza de la diosa.*

Coro. Pues que Polifemo  
todo lo avasalla,  
sus heroicos triunfos  
celebre Tinacia.  
Venid con aplauso, con música y salva,  
a cantar sus glorias, a ver sus hazañas.

Galatea. El brazo suspende, tirana impiedad.  
¿De qué sirve herir, si un ver sin oír  
me puede matar?

Coro. Pues que Galatea  
todo lo avasalla  
y hasta Polifemo  
la sirve y la ama:

venid con aplauso, con música y salva,  
a cantar sus glorias, a ver sus hazañas.

*Doris y Tisbe se quedan solas. Doris pide a Tisbe que le cante algo para llorar su pena. Glauco aparece en escena y recrimina a Doris sus desprecios. Doris y Tisbe le hacen ver lo inútil de su amor.*

Tisbe. Confiado jilguerillo,  
mira cómo, importuna,  
de tu estado primero  
te derribó el amor y la fortuna;  
y el bien que tan ufano presumiste  
aún no le hallaste cuando le perdiste.  
Si de rama en rama  
si de flor en flor,  
ibas saltando, bullendo y cantando  
- dichoso quien ama  
las ansias de amor -  
advierte que aprisa  
es llanto la risa  
y el gusto es dolor. ¡Ay!

—  
¡Ay, qué cadena te labra tu ardor!  
y en tus mismos ayes  
le vas añadiendo eslabón a eslabón.

Glauco. Pues que yo lo siento, explíquelo yo,  
que al ver tus desprecios, ¡oh Doris ingrata!  
te pago un desvío con un corazón.

Doris. ¡Qué es esto! ¿Quién desde el mar  
mi quietud interrumpió?

Glauco. ¿Quién quieres, bella ninfa,  
que ofenda con su voz,  
si no es un desgraciado  
que agravia con la misma adoración?

Doris. ¡Qué es esto, Glauco! ¿Aún porfías  
en el malogrado error  
de amar un pecho insensible?

Glauco. ¡Ay tirana! ¿Por qué no?  
¿Con qué extremo mi pena  
se acredita mejor  
de pasión verdadera  
que haciendo la fineza obstinación?

Tisbe. ¡Ay, qué cadena te labra tu ardor!  
y en tus mismos ayes  
le vas añadiendo eslabón a eslabón.

Doris. Por mí esa voz te responde  
diciéndote cuánto es ciego  
tu afecto, pues labra  
de su gusto su prisión.

Glauco. Qué importa, si al concepto  
con que me respondió,

no sólo no le impugno,  
mas le alienta diciendo mi pasión:  
Pues que yo lo siento, explíquelo yo,  
que al ver tus desprecios, ¡objeto adorado!  
te pago un desvío con un corazón.

Doris. A tenacidad tan ciega,  
huirla es medio mejor.

Glauco. ¿Qué importa, si he de seguirte?

Doris. Mira que diciendo voy...

Tisbe y Doris. ¡Ay, qué cadena te labra tu ardor!  
y en tus mismos ayes  
le vas añadiendo eslabón a eslabón.

*Mientras los tres salen de escena, aparecen Acis y Galatea cantando los mismos versos.*

Acis y Galatea. ¡Ay, qué cadena te labra tu ardor! ...

Galatea. A mí esta voz se dirige.

Acis. Conmigo habla esta canción.

Galatea. Pues, dejando aquella tropa...

Acis. Pues, huyendo aquel rumor...

Galatea. por ir tras mi fantasía...

Acis. por adular mi aprensión...

Los dos. Me vuelvo a la playa.  
Mas, ¿qué viendo estoy?  
¿Quién, cielos, tan presto  
mi idea abultó?

Galatea. ¡Temiendo qué hielo!

Acis. ¡Dejando qué ardor!

Los dos. El alma suspensa, absorta la vida, pasmada la acción.

*Acis, ajeno a las perfidias que se urden en torno suyo hace la corte a Galatea, sin saber que es espiado por Momo, confidente de Polifemo, dispuesto a provocar un enredo.*

Acis. Divina Galatea,  
pues hoy el primer día  
es, que dichosa fue la pena mía  
viendo la amada gloria que desea,  
segunda vez después que enamorado,  
ha sentido, ha querido y ha callado.  
Atienda tu esquivez benignamente  
a quien ama, a quien calla y a quien siente.

—  
Ten, ninfa, piedad  
de un fino pastor  
que muere de tu crueldad

y renace de su amor.  
Yo vi tu deidad  
y fui mi traidor  
vendiendo mi libertad  
al precio de tu rigor.

Galatea. Joven galán, a quien miré copiado  
en el muerto matiz que mi cuidado  
examinó tan vivo  
que en mí lo atento desairó lo esquivo,  
¿quién eres?

Acis. Acis soy, de esta ribera  
habitador y de tu luz hermosa  
constante mariposa  
desde que me rendistes en su esfera.

Galatea. Ya son para que muera  
las flechas dos que fulminó Cupido:  
lo enamorado y lo correspondido.  
Pues del culto mi piedad  
no se llega, no, a ofender,  
no encarezcas mi crueldad  
que ésta es la primer piedad  
que ha sabido conceder.

Acis. ¿Con que en tu nobleza  
esperar podré,  
este permitir,  
un compadecer?

Galatea. No sé que os responda  
pero sólo sé  
que ya entre los dos  
truecó lo cruel.

Acis. ¿Por qué?

Galatea. Por que en mí  
emplear sabré  
todo el resistir.

Acis. ¡Oh! no haya poder  
¡Oh! no haya entereza  
en ti para que  
correspondas mal  
al que ama tan bien.

Momo. En busca de Acis  
vengo, mas ¿no es él  
quien con Galatea  
está hablando? A fe  
que tengo de oír  
sólo por saber.

Galatea. Mis ninfas son éstas  
que me buscan, y es  
forzoso seguirlas.

Acis. Confuso tropel  
también de zagales  
por mí viene.

Galatea. Pues  
al paso salgamos.

Acis: El curso detén.  
Y, antes que me ausente  
logre merecer  
siquiera un favor  
que aliente mi fe.

Galatea. Bastará que sepas  
que en ti sólo hallé  
razón que ha desecho  
la de mi esquivez.

Momo. Estos me parecen  
si mal no escuché,  
remoques amantes.

Acis. Déjame creer  
que, aunque tan dudoso  
favor puede ser  
una suspensión  
de tanto desdén.

Galatea. ¡Ay, amor aleve!

Acis. ¡Ay, rapaz infiel!

Galatea. Como ferias dichas....

Acis. Como glorias des...

Los dos. No, no, no me quejaré  
de un mal que me mata  
y me muero por él.  
—  
No, no, no me quejaré,  
pues amar, sentir, penar y temer  
en quien quiere bien,  
en fin, es pesar que sabe a placer.  
—  
No, no, no me quejaré  
de un mal que me mata  
y me muero por él.

Momo. Y yo que ya tengo  
chisme con que hacer  
algún buen enredo  
que saldrá después:  
no, no, no me quejaré  
de que, por lo menos, todo no lo sé.

## JORNADA SEGUNDA

*El Coro recuerda los enredos fraguados en la primera jornada.*

Coro. Al aire de los suspiros  
en la hoguera del deseo,  
pues los afectos se abrasan,  
lábrense los pensamientos,  
ya que se ha hecho  
la de Vulcano, fragua  
de amor y celos.

*Tisbe, confidente de Doris, pide a Momo que le revele cuanto sepa acerca de los secretos amores de Acis y Galatea. Doris, así enterada de todos los pormenores, decide ponerlos en conocimiento de Polifemo.*

Momo. Estrafalaria deidad,  
que, con tan raro silencio,  
en figura de fantasma  
me traes por estos desiertos  
con cuarenta sustos más  
y con veinte piernas menos,  
¿tráesme a cosa buena?

Tisbe. Si.

Momo. ¡Hola! ¿Pasito tenemos  
de nuevas armas de amor  
entre los graciosos puesto?

Tisbe. No.

Momo. Pues di qué significa  
ese pedazo encubierto  
de rostro que, pues se oculta,  
no debe de ser muy bueno.

Tisbe. ¿Dasme palabra de hablar  
verdad a cuanto mi acento  
te propusiere?

Momo. Si doy.

Tisbe. Júralo.

Momo. A fe de zopenco.

Tisbe. ¿Por Baco?

Momo. Por Baco juro,  
o plegue a ese dios añejo  
que jamás atizar logre  
las lámparas de su templo  
si mintiere en cuanto diga.

Tisbe. Pues Momo, Dominus tecum.  
Ya me ves de par en par  
y, mientras que te caes muerto,  
avizora las orejas  
y escúchame con los dedos.

Momo. ¡Válgame Apolo! A gran cosa  
de poquísimo provecho

debe de ser tal llamada.

Tisbe. ¿Me atiendes?

Momo. Como un pasmarote.

Tisbe. Desgraciado gracioso  
a quien amor ha hecho  
ridícula figura  
de este cómico enredo.

—  
Si al punto no me paras  
el pasado suceso  
de Acis y Galatea,  
no des por ti un buñuelo.

—  
Doris sabe que juntos  
en la selva estuvieron,  
que tú los atisbaste  
porque te vio a lo lejos.

—  
Mira, pues que te importa  
este chisme el sosiego:  
prevente ad parlandum  
o, si no, morietur.

Momo. ¡Ay de mí, majadero!  
que, si parlo o no parlo, siempre muero.

—  
Endemoniada ninfa  
que en contrarios aquellos  
en latín me amenazas  
para aburrirme en griego.

—  
¿Cómo quieres que garle  
ese maldito cuento  
para que Galatea  
me haga sardina luego

Tisbe. Pues, ¿qué respondes, bruto?

Momo. Que entre los dos afectos  
de temor y cariño,  
de lisonja y de miedo,  
si lo digo me expongo  
a ser de ese elemento  
o tiburón humano  
o racional cangrejo.  
Si no lo digo, Doris  
podrá hacer de mis huesos  
una blanda tortilla  
con lo duro de un leño.  
Conque entre ansias, congojas,  
suspiros, desalientos,  
fatigas y pesares,  
sólo referir puedo:

—  
Ay de mí, majadero!...

Ayer, cuando la tarde  
iba diciendo al mundo Dios te guarde,  
vi en la selva, que el mar pule y ase  
a Acís y a Galatea  
decirse mil requiebros de capricho,  
y pues dije requiebros, harto he dicho  
para explicar que están enamorados,  
contentos, satisfechos y pagados.  
Hasta aquí el chisme fue, Doris discreta.  
Ahora encargo el secreto en la arieta.

—  
Señora, ya que el secreto  
queda entre nosotros dos:  
chito, por amor de Dios,  
que si se sabe en efeto  
y me pillan el colete,  
del catarro, del aprieto,  
ya me empieza a dar la tos.

*Mientras Polifemo se halla ocupado con sus cíclopes en labrar un tridente como ofrenda a Galatea, un pastor acude a informarle de que los Tinacrios marchan ya en procesión a consagrar de nuevo su templo a la diosa marina. Polifemo, lejos de ofenderse, quiere ir en persona a ofrendarla su regalo, pero, resuelto a mejorar su feroz aspecto se acicala para parecer menos monstruo.*

Polifemo. Dulce Galantea  
pues amor me ha hecho  
de tu hermosa ira  
infeliz objeto.

—  
¡Ay! Tirano dueño,  
más duro que el bronce  
es tu ingrato pecho,  
puesto que le ablando  
y no le enternezco.

—  
Como a heroica reina  
del marino imperio  
te labro el tridente  
que será tu cetro.  
¡Ay! Tirano dueño...

—  
Múevante mis ansias  
y al que, monstruo fiero,  
vio la selva airado,  
póstrale halagüeño.  
¡Ay! Tirano dueño...

*Sale Galatea en su carro triunfal, rodeada de ninfas y zagales.*

Coro. Estos dulces cánticos  
que repite el Céfiro  
cuando el templo máximo  
vuelve al primer término,  
cláusulas son, Galatea divina,  
júbilos son que a tu culto ofrecemos.

Acis. Vuelva a tu dominio, Dríade,  
el altar supremo,

y a quien vence almas mármoles  
domestique bellos,  
que estos dulces cánticos,  
que estos blandos versos,

Coro. cláusulas son, Galatea divina,  
júbilos son que a tu culto ofrecernos.

Tisbe. Cobra en tus aromas délficos  
el ardor sabeo  
que, en festivas nubes trémulas,  
ilumina el viento,  
que estos dulces cánticos,  
que estos blandos versos,

Coro. cláusulas son, Galatea divina...

Momo. Y el Jayán, maldito sátiro,  
de este bosque ameno,  
sin altar ni culto quédese  
para chuchumeco,  
que estos dulces cánticos,  
que estos blandos versos,

Coro. cláusulas son, Galatea divina...

*Al poco se persona Polifemo acicalado, pero su aparición provoca el espanto y la desbandada entre los aterrados isleños. Para colmo, Galatea rehúsa su regalo y su galanteo. Despechado, el cíclope jura vengarse. La insidiosa Doris se llega oportuna hasta él y con objeto de servirse de su rencor y sus celos en su propio beneficio, le revela que, mientras la diosa le desprecia, concede al fin sus favores al pastor Acis.*

Galatea. ¡Ten el acento!  
Monstruo, en quien ha sobrado  
lo humilde y lo rendido  
pues es forzoso ser aborrecido  
culto que asombra aun sólo imaginado,  
cómo, cómo has juzgado  
obsequio o beneficio  
un horror que parece sacrificio?  
Nada admito, de ti nada deseo  
a vista de la dicha en que me empleo,  
que no ser infelice  
con tu vista horrorosa  
y porque me imagines mas piadosa,  
oye en esta expresión tu desengaño:  
Cielo ha de ser el mar  
mar el cielo ha de ser  
el incendio ha de helar  
la nieve arder.  
Primero que lograr  
tu fino proceder  
que pueda yo estimar  
horror que he de olvidar y aborrecer.

*Glauco, abandonado a sus penas, se queja de su destino.*

Glauco. Al ameno silencio  
de este frondoso valle

a quien sirven de espejos  
marítimos cristales,  
pretendo, amor, quejarme  
de ver que valga en ti para la pena  
razón que para el mérito no vale.

—  
Apenas el enero  
desnuda el verde sauce,  
hay abril que le vista  
de esmeralda flamante,  
y sólo en mí no cabe  
que el tiempo mude ni la pena falte.

—  
El arroyo que el hielo  
en transparente cárcel  
enmudeció suspenso  
ya alegre vuela al valle  
y sólo en mí no cabe  
que el hielo rompa de un desdén constante.  
Todos, amada Doris,  
deben a tus piedades,  
flores, astros y plantas,  
matices y celajes,  
y sólo en mí no cabe  
que el sol despierte y el aurora raye.  
¡Ay de mí!

*Al ir vestido con una casaca igual a la de Acis, Doris, que espiaba a Glauco, lo confunde con Acis y esto origina una nueva escena de celos tras la cual Glauco sale con la intención de matar a Acis. Acis, que contemplaba la escena desde un escondite, sale de él y se enfrenta a Doris, prometiéndole perdón a pesar de sus injurias. Ya solo, Acís expresa su confianza en que el amor le aliviará de tanta furia.*

Acis.            Qué poco a asustar llega  
esa ira, esa cólera, ese amago  
a una pasión que, ciega,  
a precio de su ruina arpa su estrago  
Esa furia es halago,  
ese horror es dulzura,  
en sabiendo, ¡ay amor!, que hay hermosura  
para quien mi tormento  
es lisonja por ser merecimiento.

Acis.            Aunque contra mí indignado  
toque al arma mi destino,  
no me da en mi amor cuidado,  
que un afecto peregrino,  
asustado, desdeñado, maltratado,  
sabe idolatrar más fino.

*Aparece Galatea y se compadece de los sufrimientos de Acis. Llama a sus ninfas para que le diviertan.*

Galatea.        ¿Es verdad, Acis mío, lo que expresas?

Acis.            ¡Ay, bien de mi albedrío!  
¿No está tu corazón bien satisfecho  
habitando en la esfera de mi pecho,  
de lo que el pecho siente?

- Galatea.           ¿Cómo has podido estar ausente  
de mis amantes lazos?
- Acis.                Por volver a tus brazos,  
y como el sol después de noche fría,  
gozar ansioso el rosicler del día.
- Galatea.           Ninfas alegres del vago cristal,  
venid y en mis brazos al día veréis.  
Tejedle coronas de rojo coral  
y, en dulces cuestiones al bien de mi mal,  
con sólo finezas le divertiréis.
- Nereida.           ¿Cuál mayor ventura ha sido?
- Ella y Coro.       La de amor correspondido.
- Nereida.           ¿Cual es más dichoso estado?
- Ella y Coro.       El de un afecto premiado.  
—  
Alerta, cuidado,  
deseo rendido,  
no con un olvido,  
por ser confiado,  
en dicha y agrado  
te robe Cupido  
la de amor correspondido,  
el de un afecto premiado.
- Acis.               Tanta es, Galatea hermosa  
la pasión que a ti me inclina  
que, por anhelar más fina  
quisiera no ser dichosa,  
pero, ansiosa,  
por tu piedad generosa  
de las dichas ha adquirido
- El y coro.         la de amor correspondido
- Galatea.           Tanto de adoro, bien mío,  
que no basta el que poseo,  
y de mi nuevo deseo  
se va haciendo otro albedrío,  
en el fío  
que, sin temor de un desvío  
de sus bienes le haya dado
- Ella y coro.       el de un afecto premiado.

*Mientras Acis y Galatea gozan de su amor en un rincón del bosque, Doris conduce a Polifemo al lugar para que los contemple con sus propios ojos. Polifemo, furioso, decide matar a Acís, y lo persigue por la isla. Galatea previene a todos e intenta detener al cíclope.*

Galatea y Coro. Huid de las iras del monstruo indignado,  
que Polifemo, arrancando los montes,  
las fieras hiriendo, los bosques talando,  
es animada borrasca del soto,

viviente huracán de su verde océano.

- Momo. ¿Qué demonios es esto  
que anda en la selva?
- Tisbe. El gigante que tose,  
pues todo tiembla.  
Pero tú, tan medroso,  
¿de qué te afliges?
- Momo. ¡Ay, Tisbe!, que no hay miedo  
que no me atisbe.
- Tisbe. Cierto que con los gestos  
de tanto coco,  
el nombre se te pasa  
de Momo en mono.
- Momo. ¿Te parece que es bella  
gigantería  
tener un hombre asomos  
de almonduilla?
- Tisbe. Claro está, que a un bocado  
tragarte es fuerza.
- Momo. Esté usted muy alegre  
con esa nueva.  
Tú serás la postrera.
- Tisbe. ¿Por qué, taimado?
- Momo. Porque siempre es de postres  
el manjar blanco.  
Pero, ¡ay, Dios!, que el estruendo  
se acerca y crece.
- Tisbe. Aún yo no acierto a hallarme  
para esconderme.
- Momo. Acis viene corriendo  
por esta parte.
- Tisbe. Bien sabe Acis en eso  
lo que se hace.
- Momo. Polifemo le sigue  
y, a cada tranco,  
atraviesa una selva.
- Tisbe. ¡Miren qué paso!
- Coro. (Huid de las iras del monstruo indignado.)  
Que Polifemo, arrancando los montes,  
las fieras hiriendo, los bosques talando,  
es animada borrasca del soto,  
viviente huracán de su verde océano.

*Perseguido bosque a través a zancadas por el gigante, Acis solicita la ayuda de Momo y Tisbe, pero el cíclope se le echa encima y lo aplasta bajo una roca. Acis agoniza, sepultado por la roca.*

Acis. Queda en paz, ¡oh divina  
Galatea!, que los hados  
que me usurpan lo que vivo  
no podrán lo que idolatro.

—  
Eterna el alma y eterno  
el amor que te consagro,  
llevo conmigo, pues yo...  
Mas ¡ay!, que al fiero, obstinado  
tesón que me ahoga va  
tan poco a poco faltando  
la voz, que del eco quiere  
formar otro acento el labio.

—  
Y el paroxismo, el delirio,  
el frenesí y el letargo  
que, no pudiendo, aunque más  
forcejo, aunque más batallo,  
resistir a lo que siento,  
me sofoca lo que hablo.  
¡Adiós, mi bien!

*Galatea, no logrando apartar la pesada peña del cuerpo de su amante, solicita una última gracia a los dioses del mar: que conviertan a su amado Acis en río inmortal, y así permanecerán unidos para siempre.*

Galatea. ¡Númenes del mar sagrado!

Coro. ¿Qué intentas? ¿Qué quieres?

Galatea. Que el dueño que amo,  
pasando a deidad de ese frío elemento  
en tálamo trueque el túmulo infausto.

Coro. Así lo otorgamos,  
y en río, que de Acis el nombre no pierda,  
el golfo le admita en sus húmedos brazos.

Glauco. Ya, venturosa hermana,  
Neptuno se ha dignado  
de que viva tu amante,  
que tanto amor merece premio tanto.

Nereida. De las rudas entrañas  
de ese adusto peñasco,  
Acis, ya convertido,  
camine al mar en río desatado.

Glauco. Y pues enjuga el cielo,  
con cristales, tu llanto,  
oye festivo el coro  
repetir de tus dichas en aplauso:

Coro. Así lo otorgamos,  
y en río, que de Acis el nombre no pierda,

el golfo le admita en sus húmedos brazos.

*La primera ninfa -Nereida- canta un aria triunfal, en la que se asocia el tema de la obra con la figura de Felipe V, rey de España, en una clara alusión política a la guerra que mantenía con el pretendiente Carlos de Austria por la sucesión del trono español.*

Nereida: Acis dichoso, ya desvanecido  
el decreto del hado,  
tanta felicidad has conseguido,  
que al día más del orbe celebrado,  
ya fábula o ya historia,  
es aplauso el placer de tanta gloria.

—  
Si el triunfo que ama  
veloz la fama,  
con bronce aclama  
pues le posee: gorjee,  
que de la España  
la mayor gloria  
será la hazaña  
de su memoria  
cuando en Philipo su aliento emplee.  
Gorjee.

*Finalmente todos se unen para celebrar el cumpleaños del monarca (Felipe V = Philipo) y cantar un minué a la francesa que incluye alusiones a María Luisa de Saboya (la esposa del rey) y Luis (hijo de ambos, nacido en 1707, un año antes de la representación).*

Todos. Viva quien hace  
siglos de dichas sus años.

Nereida. Y uniendo al laurel pacífica oliva,  
de regios pimpollos, ceñida y orlado,  
Minerva le postre afables inciensos  
y Marte guerrero le rinda holocaustos.

—  
De María Luisa y Luis los abrazos  
dulces coronen al héroe mayor,  
porque la dicha más noble del uno  
es la fineza inmortal de los dos.

—  
Para que de Acis y Galatea  
dé fin la hermosa, festiva invención,

Todos. todos diciendo que reine Philipo,  
siendo su cetro coyunda de amor.